

EL CRUCE

HISTORIA DE UNA EPOPEYA

Franco Vaccarini

ILUSTRACIONES DE **Jó Rivadulla**



EL CRUCE

HISTORIA DE UNA EPOPEYA

Franco Vaccarini

ILUSTRACIONES DE **Jó Rivadulla**

LA LUNA

Sintió un rayo de tibieza en la frente, como si una estrella lo acariciara, pero enseguida despertó muerto de frío. Se le había adormecido una mano, le dolían los huesos, ya no sabía por qué porrazo, y el hambre lo asediaba más que los soldados realistas, que parecían estar en todas partes: detrás de las rocas o cubiertos por los arbustos compactos que crecían a pesar del frío y las sequías. No podía echarle la culpa a su imaginación, porque los había visto perseguir al caballo desbocado en la nieve, al borde de la cornisa, y pensaba en el peligro al que había estado expuesto, pero no tenía miedo.

Abrió los ojos. Los aperos de la mula amortiguaban la dureza del suelo. Arriba, la luna flotaba libre, redonda, sobre su cabeza, como si estuviera allí solo para él.

Valentín Peña andaba por los quince años aunque parecía menor. Otros de su edad ya tenían el rostro curtido y hasta alguna cicatriz tallada por un sablazo ajeno, pero él conservaba todavía las facciones de un niño. Bajo para su edad, ágil como un gato, los rulos morenos y la piel de un saludable color cobrizo; los labios resecos por el viento cordillerano. Había adelgazado demasiado en la última semana: esas montañas exigían todas las reservas y el alimento nunca era suficiente. Se comía lo justo como para ir tirando. La nieve refulgía misteriosa en la oscuridad y por tramos dejaba ver la vegetación reseca. Alrededor dormían sus compañeros, vestidos, hasta con las botas puestas, tapados con ponchos y mantas, y también las mulas, en los corrales improvisados. Cerca de sus pies, el fuego se extinguía lento, y lo demás era un silencio interrumpido por el sonido de pequeñas piedras, arrastradas por algún remolino, que se deslizaban por laderas plagadas de otras piedras, y así, piedra contra piedra, la noche conversaba en un idioma viejo.

Ya no podría cerrar los ojos. Sentía el pulso en las muñecas, en las sienes, como si una criatura interior lo recorriera y quisiera escapar del encierro empujando la piel. Algo había dentro, que necesitaba salir. Un grito sofocado, una angustia que

lo sorprendía cada vez. Allá, en Santiago, estarían su madre y su hermano mayor, si es que de verdad habían sobrevivido al desastre de Rancagua. Ni siquiera había podido despedirse cuando tuvo que refugiarse en Mendoza.

¿Cuántas lunas habían pasado? ¿Estaría su madre mirando la misma luna en alguna terraza trasandina? No menos de mil días con sus noches, en los que fue madurando un reencuentro improbable mientras su vida pendulaba entre la miseria, el olvido, la esperanza y la rabia. No todo había sido malo, porque también había encontrado protectores, alguien a quien seguir y un pueblo al que le urgía ser libre.

Tuvo motivos para llorar, entonces. Y lloró con obstinación, con el corazón abierto, hasta que cambió lágrimas por dientes apretados y el laborioso trabajo en los talleres del franciscano Beltrán, el cura inventor, el fraile guerrero. En sus talleres se fundían las balas, los cañones y obuses, y se confeccionaba hasta la ropa que llevaba puesta.

Aun así, la angustia lo machacaba, lo envolvía como una segunda piel. Y habría muchos con historias parecidas entre aquellos bravos que lo acompañaban, y eso mismo lo impulsaba a no flaquear. Martillaban en su mente las palabras de San

Martín: “Seamos libres, y lo demás no importa nada”. Porque si es que de veras su madre ya no respiraba bajo esta bendita luna, si de veras esta luna era para él, solo para él, y no para ella, al menos le quedaría la libertad y el deber de echar de esta tierra a los opresores.

Una sombra cubrió su cara: la luna había desaparecido, arropada por las nubes. Dos o tres hombres tosían a intervalos, el fuego a sus pies se había extinguido definitivamente. Cerró los ojos y pensó en su padre.

RANCAGUA

Doña Teresa no se guardaba las arrugas. Aunque solo tenía poco más de treinta años, su cara era un pergamino y un espejo de cómo el destino le había repartido las barajas. De chica, el barco que la traía de España con sus padres naufragó cerca de la costa. Ellos murieron. Huérfana, fue criada por una familia acomodada, los Gallardo. Compartía juegos y comidas con los hijos de sangre, fue un período inocente y dichoso en su existencia. Pero a los seis años se terminó su infancia. Sus protectores le aclararon cuál sería su posición a partir de ese momento: la habían cuidado y alimentado y ella debía, a cambio, servirlos. Su trabajo: hacer las camas de sus hermanos, acarrear baldes de agua del aljibe, ayudar en toda tarea de la casa que pudiera soportar su pequeño cuerpo. Si se negaba, recibía una reprimenda. Si insistía, venían los golpes. Ella sabía

que negarse no estaba a su alcance. Si no, vendría el encierro, el irse a dormir sin cenar. Más tarde, la señora Gallardo tuvo un tercer hijo y a Teresa se le añadió la tarea de arrullarlo por las noches para evitar que el llanto interrumpiera el sueño de la mujer. A veces lo amamantaba, y una vez culminada la sesión, le entregaba el bebé a Teresa. Así pasó un año y medio durmiendo de a ratos, lo que no la dispensaba de sus obligaciones diurnas. Su nueva posición la fue desplazando también de los espacios familiares comunes: ahora comía en la mesa de las sirvientas y los esclavos.

Mientras sus hermanastros recibían educación, a ella nunca le fue concedida la oportunidad de aprender a leer ni a escribir. En ese vaivén que era su vida, había conocido el viaje a través del océano y la súbita orfandad. La protección de ser acogida por otra familia, hasta que la farsa terminó y conoció el destino que le habían asignado. Los Gallardo habían criado a una huérfana para tener luego una sirvienta más: fuerza de trabajo.

Al cumplir diez años la mudaron a Rancagua, a la casa de una prima del señor, que había enviudado. El cambio le fue conveniente. Al menos ya no sufría el oprobioso desdén de aquellos muchachos, a quienes había considerado sus hermanos. La se-

ñora Dolores había perdido a su marido afectado de unas fiebres malignas, adoraba al rey Fernando VII y solía quejarse del clima y las articulaciones. Era una mujer alta, obesa, piadosa. Solo de vez en cuando amenazaba a los perros con una varilla de caña, cuando se metían en la casa. A veces, zarandeaba la misma varilla ante Teresa, para reprocharle la ingesta de algún dulce que ella guardaba, celosa, en un frasco, o porque servía la comida con restos de tierra en sus uñas, debido a su trajín en la huerta. La señora Dolores terminó por ser más bondado-



sa de lo que aparentaba en principio y con el tiempo comenzó a compartir sus dulces y paseos con Teresa, y hasta dejaba entrar a los perros a la sala.

A Teresa le gustaba regar, sembrar, quitar la mala hierba. Pero al servir la comida, sus manos debían lucir impecables. Entonces la regañaba y refunfuñaba:

—Ay, Teresa, esas uñitas trabajadoras...

Y eso fue así hasta que ella aprendió a ser más paciente con el cepillado, y doña Dolores a perder paulatinamente la vista.

Su vida mejoró cuando siendo todavía una joven-cita conoció a Martín Peña, un jornalero musculoso de carácter alegre, que vendía frutas y verduras por las calles. Martín tenía el don extraordinario de hacerla reír, la volvió a enlazar con aquellos años felices de la infancia. No tardaron en tocarse las manos con timidez, en besarse cada vez menos tímidos y en abrazarse una tarde para celebrar su matrimonio, ya sin timidez alguna.

La señora Dolores no quería perderla, así que aprobó el matrimonio con la condición de que siguiera trabajando en la casa. La prometida accedió, pero largas conversaciones con Martín la convencieron de que podía esperar otra cosa de su vida que estar a merced de esa familia de ricos que, bien o mal, la

consideraban una propiedad. Así fue como los enamorados se marcharon furtivamente de Rancagua hacia Mendoza, al otro lado de las montañas, donde nació Hilario y dos años más tarde, Valentín.

Con los aprestos libertadores, Martín sintió el deseo de hacer algo por su patria. La familia volvió a Chile y se radicó en una Rancagua liberada de realistas y también de doña Dolores, que se había ido a Santiago a vivir con sus parientes, ya completamente ciega. Martín se sumó a las filas comandadas por el brigadier Bernardo O'Higgins.

Pero la independencia era, todavía, de cristal. Los patriotas no eran todos tan patriotas, y los realistas no se resignaban a perder territorio. El general Osorio, al mando de un ejército con unos centenares de realistas españoles y, penosamente, miles de chilotes y valdivianos, atacó Rancagua, donde Bernardo O'Higgins tuvo que replegarse con su ejército. Durante dos días, a principios de aquel sangriento octubre de 1814, O'Higgins resistió el asedio encerrándose en la plaza de la ciudad. En los muros de la iglesia de San Francisco todavía retumban las palabras que dirigió a su ejército: "O vivir con honor o morir con gloria".

La resistencia fue heroica, en una posición desesperada. Aunque necesario, jamás llegó el

apoyo del general José Miguel Carrera, enemigo interno de O'Higgins, con quien nunca logró acordar una verdadera unión para enfrentar a los realistas. A pesar de su ventaja numérica, el ejército de Osorio sufrió muchas bajas a expensas de los bravos patriotas.

O'Higgins pudo abrir una brecha y escapar con unos doscientos hombres hacia Mendoza. Los que no pudieron acompañar al brigadier quedaron a merced de la crueldad de los conquistadores. Osorio había prometido terror para quienes se atrevieran a desafiarlo y cumplió con creces, ordenando matar a los heridos y no dejar prisioneros con vida.

Martín Peña fue uno de los que no pudo seguir a O'Higgins, la caída mortal de su caballo le había roto las piernas. Se arrastró hasta una trinchera y allí, sable en mano, sin pedir clemencia, luchó hasta el final. Ya sin soldados, la furia realista se volvió contra los vecinos. Un oficial y varios infantes entraron a patadas a la humilde casa de los Peña. Valentín se apretujó detrás de un enorme cofre. Escuchó los gritos de su madre y de su hermano resistiéndose a la brutalidad salvaje de los intrusos. Pudo ver a hurtadillas cómo se los llevaban a empujones y al cabo de un rato la casa quedó en silencio.

Salió del escondite con un nudo en la garganta. Ya sin temor, comenzó a vociferar el nombre de su madre mientras deambulaba por las calles sucias por el polvo que levantaban los caballos y el viento saturado con el olor de la sangre. Lenguas de fuego salían de las ventanas y los balcones; agujeros en los muros, cuerpos confundidos, unos encima de otros. Oía los gritos, las órdenes, los quejidos de algún realista herido —ya no había quejas patriotas—, la batería de la guerra. Su baja estatura hacía que lo confundieran con un niño, aunque ya era un



muchacho de trece años; tal vez por eso fue ignorado por todos y su vida no corrió peligro. Era solo un muchacho manchado de polvo en medio del desastre, un muchacho que ya no lloraba. Estaba en el ojo de la tormenta. A su alrededor, los caballos sudados, los caballos muertos, los caballos sin jinetes.

Con los ojos sin pestañear, sin gestos en su cara, entró sin saber por qué a la iglesia de San Francisco. En el púlpito había un fraile de complexión robusta, nariz achatada, de grandes y nobles ojos de buey. Se cruzaron las miradas. Habló el hombre:

—¿Qué haces aquí?

El niño tardó en balbucear:

—Valentín...

El fraile se apiadó.

—¿Sabes algo de tu familia?

Valentín no encontró las palabras, que se le habían perdido como su madre y su hermano.

—Valentín, mi nombre es Mariano Álvarez. Y no soy un fraile, aunque estos hábitos quizá me ayuden, dada la situación. Voy a cruzar las montañas camino a Mendoza, estoy dispuesto a seguir al general O'Higgins. No soy de los que bajan la vista cuando el viento sopla en contra. Si lo has perdido todo, ven conmigo. Tal vez un día tengamos la dicha de ser parte de los que liberarán esta tierra.

Los azorados ojos de Valentín parpadearon apenas, y se inclinó ante el destino: volvería a la tierra mendocina, allí donde había nacido.